

FRAY GERUNDIO.

EL PRIMER GINETE DE PARIS.

Su nombre propio técnico ó artístico es *primer clovon* ó *clown grotesco*, pero yo no he querido titularle así en el epigrafe, no fuera que los que no entienden la terminología clowniana al leer *el primer clovon de Paris* creyeran que quería designar á Luis FELIPE: y no estrañaré que haya quien ignore el significado de la palabra *clown* ó *clovon*, porque yo FR. GERUNDIO tambien la ignoro; si bien por los hechos no deja de traslucirse la significacion del nombre.

Pero en fin con este titulo de *primer clown y ginete de Paris* nos ha sido anunciado por *Mr. Paul Laribeau*, Director del Circo Olímpico de esta corte, un hombre singular llamado *Mr. Au-*

riol, que del Circo de París nos ha traído al de Madrid, como la primera especialidad que se conoce en su género, y cuya primera presentación, *dibats* que ellos llaman, se verificó la noche del 24, según carteles y programa.

Y en punto á carteles y programas de anuncios permitánnme los señores franceses que les diga los van dando ya lecciones los artistas españoles. Dígalo sinó el siguiente con que anunció en Guadalupe su función de Beneficio la primera actriz de aquel teatro para la noche del 21 del corriente, que lléveme el diablo sino aventaja en el estilo gerundiano al articulista del Boletín de Albacete de un capillada última.

«Placentera la imaginacion (dice) concibe á veces halagüeñas esperanzas de obtener el fin que se propone. No, empero, los resultados son siempre satisfactorios; y en el órden dramático es aun mas difícil la consecucion de esta idea. Por eso *Cármen Mur*, primera actriz de verso, dudosa en la eleccion y tímida en el resolver, ha vacilado algun tanto sobre la ofrenda que ha de presentar el día de su Beneficio ante el propiciatorio de este nobilísimo pueblo; bien que, si por su ilustracion sabe apreciar el mérito y por su indulgencia disimular los defectos, cesaron ya los temores que fatigaban la imaginacion de la ofrente.» — Explica en seguida la función, y se despide con una *Octava* del mismo gusto, que ella titula *Décima*, comiéndose de diez pies nada menos que un par de ellos, que es un diezmo doble: vice-versa cómico de la legua, que está en abierta oposicion con el espíritu de las Juntas provisionales de Gobierno, que las mas han suprimido el resto del diezmo decretado por las últimas cortes. Por lo cual es milagro que la Junta de Guadalupe no haya suspendido á *Cármen Mur* en el ejercicio de sus funciones por propagadora de doctrinas contrarias al pronunciamiento. Bien es verdad que la comedia anunciada era *El pacto del hambre*,

y podrá ser que entrara en el pacto del hambre de la *Beneficiada* como primera condicion el empezar á comer por los pies: que si como es c6mica fuera viuda 6 cesante, no lo estrañaria, porque el pacto del hambre de estos empezaria aunque fuera por los zapatos.

La primera salida pues de *Mr. Auriol* en el Circo Ol6mpico de Madrid, atrajo un concurso prodigioso. Desde la vispera no se encontraba un billete, asi como tampoco se encontraba en todas las administraciones de Loterías de Madrid un solo billete para la estraccion que se celebr6 aquel mismo dia; que son, en sentir de muchos econ6mico-políticos, dos pruebas de la no mucha laboriosidad de los habitantes de un pueblo que emplean sus haberes en juegos circenses y en juegos de loterías. Esto, repito, es sentir de los economistas que miran el establecimiento del ramo de lotería como contrario al fomento de la pública riqueza y de su padre natural el trabajo productivo. El público aguardaba con impaciencia la presentacion del célebre clown grotesco, y de ella participaba tambien mi paternidad como cada hijo del pueblo, si bien era mayor la de Tizaburga, cuya viveza no puede soportar dilaciones. Asi es que no miraba con interés los juegos gimnásticos con que la funcion dió principio; ni aun siquiera le entretenia lo que á tantos otros con gusto entretener soles, y á él tambien en funciones ordinarias, mas aun de lo que fuera menester; á saber.... iba á decir las piernas de la se6orita *Horny* cuando hace sus evoluciones en el caballo *Brillante*, pero obligado á omitirlo la escrupulosidad de algunos lectores ó lectoras que van á ver en público las cosas, pero se ofende su modestia si se las nombra desgracias.

Un objeto se presentó afortunadamente, que no podia haberse presentando otro mas apropiado para entretener con interés á mi buen *Petrarca*. Era este el embajador de Francia *Mathieu de la Redorte*, llegado el dia antes á Madrid, y á quien

la providencia, ó sea la empresa, nos separó en un palco inmediato al que ocupábamos nosotros. Diómele á conocer un hermano, y cien veces me pesó, á mi Fr. GRACIANO, el habersele enseñado á Tirabeque, porque no pudiendo reprimir aquella su incorregible inconsideracion que tan malos ratos me dá, comenzó á decirle: «bien venido sea vd., señor Mateo, si viene solo. Muchos deseos tenia de conocer á vd., y me alegro tener esta ocasion para decirle que en España ya nos vamos soltando á andar sin niñera. Mucho siento que á su amo de vd. le anden molestando á cada triquitraque con tiros y tonterías que no merecen llamar la atencion de un Rey; pero ya sé que *Dios protege la Francia*, como dicen los cantos de los Napoleones de á 19 rs., y por eso no tengo cuidado. También siento que hayan dado ahora en atronarle los oídos con la *Marsellesa*, y otras canciones que no le harán la mayor gracia.

Oiga vd., hermano MATEO (prosiguió). Hágame vd. el favor de decir á su amo, que tenga la bondad de echar un poco mas allá á esos carlistas que nos ha ido dejando arrimar á la frontera, porque no nos hacen la mejor vecindad, especialmente el insigne Cabrera, que si esta malo, pienso yo, ya que tanto se interesan vds. por su salud, que los mejores médicos los tendrán vds. hacia París. No porque nos dá que temer la estancia de esa gente ahí tan cerca, sino porque siempre es mejor que estén un poco mas adentro que no ahí tan á la orilla, que podrá ladearse un poco la mesa y caerse del lado de acá. Hará vd. tambien la gracia de decirle que no me parece bien visto que tarde tanto tiempo en enviar algun socorro á mi amigo Ibralim-Bajá; que si es miedo lo diga francamente; que las notas no son bayonetas, y las simpatías no son cañones, y los hermanos ejipcios no son músicos para contentarse con notas. Y sobre todo, compadre MATEO, cuidado cómo se porta la gente aquí en España.....»

Un palmotéo universal que se oyó en todo el Circo hizo creer á TIRABEQUE que aplaudian su arenga, y añadió: ¿ve vd., Sr. MATEO, cómo me aplauden? Pues esto significa que todos los españoles son de estos mismos sentimientos.» ¡Majadero de TIRABEQUE! Eran los aplausos con que se celebraba la salida de Mr. AURIOL que acababa de aparecer en el Circo. Fijóse en él la atención de PELLEGRIN, y ya no se volvió á acordar mas del embajador. El grotesco clown ejecutó algunas evoluciones de cuerpo con tal soltura, maestría y agilidad, que desde luego demostrò no ser infundado lo que de él pregonaba la fama.

Pero desapareció otra vez instantáneamente y con la velocidad del relámpago, dejando á todos asombrados con aquella primera muestra de su habilidad, y á TIRABEQUE dudando si lo habia visto ó no lo habia visto. Luego que volvió en sí de la sorpresa me dijo: —¿Pero no ve vd., Señor, qué breves y qué sucintos son los Franceses en todas sus cosas?—En eso te engañas, PELLEGRIN, porque voto á S. Judas el bueno que el *Memorandum* de Mr. THIERS al lord PALMERSTON sobre la cuestion de Oriente tiene tanto de sucinto, que si se interpusiera en el estrecho de los Dardanelos, pienso que no se necesitaba mas para obstruir el paso á las escuadras de las naciones coligadas: solo por *Post-Data* le ha mandado un escrito de tres cuartos de legua, con que hazte tú cargo.

Volvió á presentarse Auriol, y dejó mas sorprendido al público con su cléwaisas destreza. Uno de los juegos que mas agradaron fué el de colocar unos zapatos en el suelo, dar un voltéo en el aire, y quedar luego en pie con los zapatos calzados. El público le aplaudió muy justamente, porque no puede darse un mucho mas en poco, ni un poco que sea mas mucho. Semejante modo de calzarse escedia los conocimientos calcesmentarios de Tirabeque y creó que de todos los espectadores. Y aun pienso que cuando Dios dijo (á Abraham si no me

engaño); «*adicea te caligas tuas*», estuvo bien lejos de pensar que los hombres hubieran de inventar un modo de calzarse como el de *Mr. Auriol*.

Salió en seguida el director PAUL con el hermoso caballo *Beduino*, que suelto obedece como un perro á la voz y mandatos de su amo. Y cuando TIRABUQUE vió á aquel animal tan fogoso y ligero hágiese cojo á la voz de su maestro y dar una vuelta al circo con una mano en el aire, me decía: «el diablo son estos franceses, señor, hasta á los caballos los enseñan á mentir.»—Si, pero tambien los enseñan la política de sociedad; y sinó mira cómo le guarda á su amo todas las consideraciones y todas las deferencias y cumplidos que reclama una esmerada educación. PARABAS, aprende del *Beduino*.—Señor, con este beduino bien se las gobiernan ellos, pero los beduinos de tierra de Argel parece que no se acomodan mucho á la política de esta gente.—Hombre, tú todo lo conviertes esta noche en observaciones de política guerrera.

En la tercera salida ejecutó el hermano *Auriol* tantos y tan difíciles, vistosos y divertidos equilibrios con dos sillas, que aun á los que mas han visto en esta clase de juegos les parecia imposible tanta agilidad, tanta destreza, tanta elasticidad. Lijero como un pájaro, flexible como una culebra, firme como un Alcides, y dócil como un cordobán, *Mr. Auriol* parece que domina con su espíritu á su cuerpo, y con su cuerpo á la naturaleza. *Mr. Auriol* muestra tal facilidad y soltura para toda clase de actitudes y equilibrios corporales, que casi se aprobaria que dijese de sí mismo lo que escribió en el dintel de su puerta aquel quíptico presuntuoso: «*NIHIL VMI IMPOSSIBILE EST.*» Y que siendo cojo y contrahecho de una pierna dió ocasion á que sus mismos discípulos le abajasen la vanidad poniendo debajo de la inscripcion la siguiente barleta:

Si nada imposible te es,

como tu lengua relata,
enderzate esa pata,
que la tienes al revés.

Pero de los ejercicios y juegos con las sillas el que en el pobre juicio de mi reverencia tuvo un mérito singular fue el de fijarse con la mano izquierda en las dos costillas ó tabletas superiores de ambas sillas, unidas en términos que con dificultad podian mantenerse en equilibrio en el suelo, poner despues todo el cuerpo en postura completamente horizontal, y uadar así con ambas piernas y el brazo derecho con la misma seguridad que pudiera hacerse en una tabla de agua. Los aplausos del público demostraron que no era yo solo el que pensaba así. Triabeque se hallaba estupefactamente estupefacto, y los mismos que habíamos admirado antes las habilidades grotesco-clownianas del hermano *Rattel* conocimos los grados que aun le falta para llegar a las del hermano *Auriol*; si bien es de esperar de su mucha disposicion que llegará algun día.

Cuando creció mas la admiracion de Triabeque fue cuando en su cuarta salida vió colocar sobre una mesa doce botellas del tamaño de las que comunmente se usan para el vino, subió á ellas con una carabina en la mano, y pasearse sobre sus cuellos y andar de uno en otro como quien anda por tierra llana; disparar la carabina, tirar algunas botellas con el pié, inclinar el cuerpo para volverlas á colocar, derribar nuevamente todas las del centro y pasearse desembarazadamente por las cuatro ó cinco de la circunferencia: y por último coger una botella, fijar sobre la boca de la misma su cabeza, y mantenerse en firme equilibrio con los pies arriba en posición enteramente recta ó perpendicular.—Señor, me decía Triabeque, este hombre tiene pies en la cabeza, y tiene cabeza en los pies, y tiene los pies en las manos, y tiene el diablo en todas las partes de su cuerpo, así Dios me salve.—Así es, *Peluzeta*, que todo así parece, y aun mas.

Mr. Auriol era un hombre que marchaba de dificultad en dificultad, vencién-dolas todas como por encanto: cada botella era una cuestion vidriosa que necesitaba tocarse con mucho pulso; y como estas eran doce, *Mr. Auriol* era el Hércules de los doce trabajos botelleros: en política era un DEQUE DE LA VICTORIA, sobreponiéndose ó por destreza ó por fortuna, ó por ambas cosas, á todas las dificultades: si *Mr. Auriol* se llamára José, sería un verdadero Pepe Botellas. Una sola dificultad no pudo vencer, que fue la suerte de la ponchera sobre tres botellas; la culpa sin embargo no fue suya, sino de dos poncheras que una tras otra se quebraron y no había mas. Esta era en mi entender la suerte mas difícil: era la cuestion del senado. *Mr. Auriol* no salió bien de ella; quiera Dios que el hermano BALDOMERO y consortes salgan mas felizmente de la suya.

Mr. Auriol se desgració en aquel ejercicio por habérsele roto el artículo de la ponchera: y las poncheras son como las Constituciones, salva sea la comparación: si se rompen, á Dios equilibrio. Pero en ún, *á necessitatis no hay peccatis*, decía el otra.

En la quinta salida ejecutó sobre el caballo la escena ó ejercicio cómico inventado por él mismo titulado *L'incroyable, el increíble*, cuyo título justifica bastante la imposibilidad de su descripción, y en el cual demostró que si en los juegos grotescos tiene bien merecido el título de *primer clown*, en los ejercicios de equitación no se ha adquirido con menos justicia el de *primer ginete de Paris*. Siendo de notar que lo ejecutado aquella noche no es, según informan los que le han visto trabajar en aquella capital, sino la muestra de lo que sabe hacer, y que irá haciendo en Madrid en las funciones sucesivas de la corta temporada por que está contratado y que se asegura le vale 16.000 francos, con mas los gastos de viajes y manutención durante su estancia. Por supuesto que todo tiene

que salir de las bolsas españolas, pero ¿qué le hemos de hacer? Su ingenio les vale. Por lo tanto

Si alguno dijere que los periodistas españoles no somos mas justos y mas imparciales en dar el debido elogio á los franceses que por cualquiera estilo lo merecen, que lo son los periodistas suyos para con los hombres de mérito españoles, y que no les damos con esto un ejemplo que ellos no imitarán, sea declarado fuera de la ley como lo ha sido Mehemet-Alí por el Sultan.

El campo del abrazo,

Y EL ABRAZO DEL CAMPO.

El sol convidaba á los moradores de Madrid á salir de paseo, como anda Mr. THIERS convidando á los ingleses á hacer las paces: mi reverencia acababa de rezar vísperas, y le dije á TIRABEQUE: ¿te parece que salgamos á dar una vuelta por el campo, PELEGRIN?—Con mucho gusto, señor, me respondió, porque hace ya tantos días que me tiene vd. aquí sugeto, que ya me temia si estaría yo comprendido en el decreto de los inamovibles del hermano GOMEZ BECERRA.—Pues bien, tráeme la peluca y el sombrero, y adecéntate tú como corresponde, que estás algo desaliñado como el lenguaje del ministro que acabas de citar.

Salimos pues, y encaminamos nuestras exclaustradas y aun exceldadas personas hácia el salon del Prado, donde encontramos los mirtos de

Los arcos levantados para la entrada del Duque en LA VICTORIA bastante secos, marchitos y octubrados (porque el decir hoy agostados sería mentir), efecto natural del tiempo; así como encontramos también á varios de los guiones y capataces del partido vencido paseándose con el aire jactancioso de vencedores; efecto natural de la generosidad de los vencedores y del orgullo de los vencidos. De modo que los mirtos estaban como debían estar los paseantes, y los paseantes estaban como debían estar los mirtos: vice-versa que indica que si esto es ahora, ¿qué sería si las tornas se volvieran? Solo se echa de menos en el paseo llamado como por insulto «de París» algunos pajarracos que se han ido al otro *Paris*, salvo sea aquel decreto de la Junta de no dar pasaportes.

Acordamos TIRABEQUE y mi reverendísima persona dirigir nuestros ambulativos fuera de puertas y enderezámosles á salir por la de Alcalá. Ibamos nosotros por aquellos caminos entretenidos en nuestras amistosas conferencias, que si no eran tan sabias como las de Angers eran á lo menos tan bien intencionadas, cuando avistamos dos militares, que por sus trazas y por el tabito ó cañoncejo de lata que al lado traían, semejante á aquellos en que los médicos antiguos solían enrollar y guardar sus títulos y los hidalgos sus pergaminos viejos de nobleza; conocimos ser licenciados del ejército de estos á quienes se está dando ahora las absolutas.—Señor, me decía TIRABEQUE, ¿cuántos trabajos habrán pasado estos pobrecitos!—Así es la verdad, PETERLIN, y gracias si vuelven con los miembros íntegros y



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY



«Miráronse de hito en hito, abalanzáronse, y se estrecharon con la mayor ternura.»
Tomo XII. Cap. 296. Pág. 135.

sanos para poder dedicarse en sus pueblos á los trabajos de la agricultura, de donde probablemente serian arrancados para sustituir á la pacífica esteba el hierro matador.—Vea vd., mi amo, que si si estos pobrecillos le dieran ahora aquellos 2500 reales que querian darles las cortes pasadas que pasaron antes de estas otras cortes que acaban de pasar, los hacian hombres.

Así caminábamos agradablemente distraídos, cuando se nos acercaron los dos licenciados, en cuyos rostros se leía la historia de los siete años de guerra y en cuyas facciones parecia estar marcadas la disciplina y la bizarría.—Id con Dios, hermanos, id con Dios, les dijo TIRABEQUE: el Señor os enseñe sus caminos, os enseñe sus sendas, y dirija vuestros pasos conforme á su santísima voluntad: Amen.—Llamó este saludo la atención de los guerreros, especialmente del que por su estatura y sus divisas mostraba ser granadero. Paróse enfrente de TIRABEQUE; detúvose éste tambien, miráronse de hito en hito..... y mi paternidad gerundiana recibió una grata sorpresa al escuchar el siguiente expresivo dialogo.—¡VERVANCIO!—¡PELEGRIN!—¿Eres tú, primo mío querido?—¿Eres tú, primo del alma?—Y estendieron los primos sus brazos, tornáronse á mirar, abalanzáronse el uno al otro, y estrecháronse con mas ansia y mas apretura y mas alonco que pudiesen hacerlo Píldes y Orestes, Teséo y Pivitío, Ciceron y Pomponio Atico.

Estás muy flaco, primo, ¿quién te habia de conocer?—¿Te parece, primo PELEGRIN, que he tenido yo la vida holgachona que tú al lado de

tu amo? Mira, pálpame aquí en esto: ¿atentas esta bala? Pues cuatro traigo en el cuerpo, primo; ya te las enseñaré en casa con mas despacio. ¿Es tu amo este señor?—El mismo, Venancio.—Para servir á vd., Mata.—Para servir á Dios: que lo sea su mercé por muchos años. Y este buen alhaja ¿qué tál se porta? No dejará de darle á su mercé qué hacer, porque él de que chiquito siempre fué muy trefe.—Mira, primo, deja ahora esa conversacion, y cuéntame qué ha sido de tí lo que hace que no me escribes, que yo ya sospechaba si te habrias ido á servir al ejército de mi amigo Ibrahim-Baja.—¿Y quién es ese general, que yo no le he oído mentar en toda la campaña de Cristo?—El general en jefe del ejército de Egipto, hijo de Metemet-Ali.—¿Y qué casta de gente es esa? ¿Son carlistas acaso? Porque si es gente que gliela á carlista, y pensastes tú que me habia yo de ir con ellos, por vida de San Pedro, primo, que reniego de tí y de toda tu casta hasta la extrema uncion.—No son carlistas, hombre, no.—Es que si son de esos que llaman moderados....—Tajopoco, hombre: son turcos.—¡Vah, vah, vah! ¿con qué gramáticas me sales tu ahora! Dame, dame para un cigarro si tienes, primo, que vengo alampáo por fumar: aqui el camarada viene apurando el último cigarro que habia, y no me ha podido dar á mí, porque no teníamos camisa para envolverlo, y ha tenido que fumarlo puro.—Cigarro no tengo, VENANCIO, porque no gasto: pero tengo media peseta que darte para que lo compres: ¿ó traes tú dinero?—Ni un sacramento, primo; tasadamente to-

mamos un vaso de vino allí en la venta, y no nos alcanzó para pagarlo, que nos costó engañar á la ventera, que es mas fea que el pecado de sodomía, diciendo que no habíamos bebido mas que medio y había sido uno, con que echa tú la cuenta.—Y no le marra una letra de lo que plática MATA, añadió el compañero que hasta entonces había estado callado.

¿Pero no os han dado, repuso TIRANEQUE, alguna paga de marcha siquiera?—Allá nos dieron unos cuartos, respondió VENANCIO, que todo ello cabía en la mano güeca; con que mira tú qué pelo traeremos dende Cataluña aqui; y añídem e á esto unas tapas con tachuelas que he tenido que echar á los zapatos. Y no es esto lo mas malo, primo, sino que mas de mil reales bobos que me ha quedado debiendo la REINA no sé cuándo los cobraré.—Perdona, primo, que la REINA habrá hecho lo que quiera, pero lo que es trampas no tengo noticia que haya dejado.—¿Que no ha dejado trampas con la tropa? Pues si soy yo un probe soldado mochilero y me deben una porrada de meses....—Eso será el estano, hombre, que no la REINA.—El estáo ó el demonio, primo, que yo no me meto ahora en honduras de si es la REINA ó es el estáo, ó es Cristo padre, que para mí los demonios me lleven si no me da lo mesmo que se llame estáo ó que se llame *susum cordia*. Pero en fin; ¿liemos arre-matáo la guerra y tenemos Constitución, primo? Pues al avío, que todo lo demas me importa una palaita, y buen provecho les haga lo que me deben.—En primer lugar, VENANCIO, que ya sabes los apuros de nuestro erario; y en segunda que yo

confío en que el nuevo gobierno sabrá hacer economías bastantes para que poco á poco se puedan ir cubriendo las deudas y pagando á cada uno ración por cantidad. Y por ahora vamos andando hacia casa, que no vendrás sobrado de descanso y alimento.

Dimos la vuelta, continuando los dos primos en su animada conversacion, y yo FR. GERONIMO divertido sobremanera en oír sus interesantes diálogos.--Oyes, primo, le interpeló VENANCIO á PELEGRIN: aunque sea mala pregunta; ¿ha venido ya el general?--¿Quién, el hermano DUQUE?--ESPARTERO, hombre; ¿por qué general te habia de preguntar yo? Pareces bobo, primo.--Sí, ya está aquí hace tres días.--¿Y habrá modo de verlo?--Qué, ¿quieras visitarle tu? Mucho atrevimiento me parece para un soldado.--¿Quieres callar, PELEGRIN? Pues si él es mas campechano que Dios, como te tengo dicho por cartas; no mas que en cuanto me presente y le digo: «mi general; aquí está VENANCIO MATA que va con la asoluta: pero si se ofrece algo, no tiene su Escelencia mas que decirme: MATA, tienes que volver á tomar el chopo, que lo haré mas pronto que la vista. Mi general, ya lo sabe vd.; por su excelencia, hasta perder la vida.» Mira, primo, una cosa te voy á decir: lo que es por la Constitución, mientras el hombre esté al frente de la cosa, ¿me entiendes? no tengas pena, primo, que primero ha de faltar el sol; y cuenta con lo que te dice tu primo (1).

(1) No deja de formar contraste esta ciega confianza del soldado en el hermano Duque con el recelillo que aun

—Pues mira, en esa primera casa de la derecha vive: pero si le has de ver ó no le has de ver, ya lo arreglarémos, y se hará lo que convenga.

Dime, primo, qué novedades hay por Madrid?
 —No hay cosa particular, VENANCIO: el miércoles esperamos á la REINITA y su hermano, y tendremos funciones. Ya las verás, porque en unos dias no pienso dejarte salir, que quiero tener-te á mi lado. ¿Sabes lo que hay, primo? El otro dia el Ateneo volvió á nombrar presidente á MARTINEZ DE LA ROSA, y eso que se ha marchado á Francia: ¿no te parece que esto es gana de chocar, VENANCIO? Tras de que tenía ya buena fama el Ateneo...—¿Y qué casta de hombre es ese señor Ateneo? ¿Hay mas que desterrarle tambien á Francia?—Eso es, los militares luego cortais por lo sano. Además que el Ateneo no es ninguna persona, sino un establecimiento científico.—Mira, primo, á mi de científicos no me hables, porque nunca he podido arrastrar la familia de los científicos.

Otra cosa tengo que decirte, VENANCIO: ¿sabes que el amo se ha vuelto?—¿Calla! Pues no me dijistes que tu amo era este señor viejo que viene con nosotros?—Sí.—¿Pues cómo se ha de haber guelto si viene aquí á la par mio?—No, hom-

se trasluce en las últimas palabras con que la Junta de Madrid se despidió al cesar en sus funciones gubernativas: «continuará sin embargo reunida con el carácter de auxiliar, velando por los derechos del pueblo, y hasta que vea cumplido en todas sus partes el programa aceptado por el ministerio.» Parece-me que el hermano Duque no es acreedor á que se tema todavía de él.

bre; quiero decir que andaban por ahí una media docena, que deben tener por oficio murmurar, esparciendo la voz de que el amo se habia vuelto en ideas.—Miróme muy atento el otro soldado y dijo: «cara tiene el fraile de volverse: no, cuando este se vuelva, tambien se vuelve LORENZO GIL.» —Entonces supe, yo FR. GERONIMO el vuelto, como se llamaba el camarada de VENANCIO. Reíme como un simple: llegamos á casa ya bastante anohecido; GIL no quiso aceptar el alojamiento provisional que le ofrecia TIRABEQUE, diciendo que tenia en Madrid una parienta en cuya casa pensaba estar; PELEGRIN sacó á su primo una refeccion que él embauló con apetito militar; los dos primos siguen pasando sendos ratos en sabrosas conversaciones, y mi paternidad ha acordado denominar el sitio fuera de la puerta de Alcalá donde sucedió el encuentro, «*el campo del abrazo*» á ejemplo del campo de Vergara, pues si bien el abrazo de los dos primos no fue de tan trascendentales consecuencias como aquél, fue sí muy cariñoso y rememorativo.



Editor responsable, Francisco de S. Fuentes

MADRID:

IMPRESA DE MELLADO, calle del Sordo, n.º 11.